

—No se sabe aún; Juana no ha podido pronunciar una palabra. La han dado dos cuchilladas.

—¿Cuándo?

—Ayer noche, á eso de las diez, cerca de aquí. El asesino huyó.

—Vos la salvareis, ¿no es verdad?

—Daria mi vida por ella—dijo Andrés.

Colette bajó la cabeza.

Al mediodía estaba sola con Andrés al lado de su hermana.

Una enfermera se presentó.

—No podeis permanecer aquí—dijo á la joven.

—¿Yo separarme de Juana!

—¿Es preciso!

—Os suplico que me permitais quedarme—repuso Colette uniendo las manos.

—No puede ser. Volvereis. Además, la menor emocion puede matarla. Es preciso que esté sola.

—¡Ah!—exclamó Colette—¡lo comprendo, no hay esperanza!

Andrés la estrechó las manos.

—Os enviaré noticias cuando haya algun cambio. Os llamaré. No tengais cuidado, yo no la abandonaré un segundo.

Colette se levantó.

¡Su hermana, su muy querida hermana, espirando en aquel lecho de miseria en medio de aquella podredumbre del hospital, esto la desgarraba el corazon! Aquel espectáculo de todos los sufrimientos y todas las pobrezaas reunidas, la causaban profundo horror.

Se inclinó sobre la frente de la herida.

—¡Adios, Juana mia, adios!—la dijo.

Al entrar en la calle Vizconti, la encontrarse frente al abuelo Gombault, se deshizo en lágrimas, y el portero la oyó repetir en medio de sus sollozos.

—No nos volveremos á ver.

A las dos salió de nuevo á pié, y siguiendo los muelles subió hácia los Campos Elíseos y la calle de Chaillot.

XXII.

Entre ladrones.

Bidoux era un hombre de palabra, que cumplia con puntualidad las promesas que se habia hecho á sí mismo.

Quería ser pagado y tenia razon.

Cuando se ha ganado *honradamente* un salario se le puede reclamar, ó no habria ya justicia.

Al día siguiente al de su conferencia con Justina, condujo á esta á la estacion de Compiègne y la hizo tomar el tren express que pasaba para Paris.

El coche del castillo de Montiers llegó á la estacion momentos ántes de la salida, y Bidoux, desde el pescante, vió á la doncella, á quien habia dado sus instrucciones, pasar al despacho de billetes y tomar el suyo y no la perdió de vista hasta que en marcha ya el tren, Justina le dijo adios con el pañuelo.

Justina estaba en camino para la conquista del Toison de Oro.

Bidoux se frotó las manos diciendo:

—Por fin va á marchar el asunto.

Puso en movimiento á los caballos y se fué á un hotel, en donde los colocó, y se dispuso á pasar el tiempo lo más cómodamente posible.

Bidoux entendía bien la vida.

Urbano Salvador, tranquilo en su lujoso hotel de la calle de Chailiot, no sospechaba lo que le esperaba.

Tenia otras ideas en la cabeza y no pensaba en sus cómplices.

Se olvidaba hasta de su difunta tía, la señora Chambly, y se hubiera sorprendido mucho si le hubieran dicho que no había muerto de muerte natural.

Además, la pequeña fiesta de la noche anterior le había electrizado prodigiosamente.

Estaba á la vez lisongeado y vejado.

Vejado por la resistencia de Colette Aubin, por su brusca negativa, por su repentina partida, ó más bien por su huida en el momento en que él iba á llegar al colmo de la felicidad.

Lisongeado, porque se prometía un desquite de primer orden.

Colette le había hecho una promesa y no dudaba de que la cumpliría, tanto más, cuanto que la pobre joven no estaba completamente libre para poder faltar.

Salvador conocía su precaria situación. Sus víctimas tenían ante sí, á menos de uno de esos prodigios que no ocurren jamás, un porvenir de angustias que no las permitiría larga resistencia.

Colette iría á su hotel como le había prometido. Esto no lo dudaba Salvador.

El Brasileño había dado sus ordenes á su ayuda de cámara.

El ayuda de cámara debía pasar á Colette á un delicioso gabinete japonés que comunicaba por un lado con el dormitorio de Urbano y por el otro con su cuarto de trabajo, en donde el Brasileño no entraba diez veces por año.

En aquel gabinete había una hermosa biblioteca, cuyos estantes estaban llenos de libros primorosamente encuadernados y un escritorio de todo lujo, en el cual hubiera podido escribir los billetes amorosos para su real amante una querida de un rey. ¡Por qué aquel día Salva-

dor, que se disponía á salir, no esperando la visita de Colette hasta la hora convenida, á eso de las cinco, había entrado en aquel gabinete para escribir dos ó tres cartas á su agente de Rio-Janeiro, en donde tenía intereses, cuando casi siempre fechaba la correspondencia en el círculo en donde pasaba las tres cuartas partes del tiempo?

¡Capricho hijo de la ociosidad!

Estaba sentado en aquel escritorio con remates de bronce, admirablemente cincelado y dorado; tenía una pluma en la mano y con ella se acariciaba la barba pensando en lo que iba á decir, cuando oyó, en el salon que precedía al gabinete en que estaba, ruido de pasos acompañado del roce de un vestido; se levantó un portiers, y una voz de mujer, muy clara y muy familiar al mismo tiempo, preguntó:

—¿Se puede entrar?

Salvador se volvió hacia la parte de que provenía la voz. Su rostro expresó una viva contrariedad, su frente se plegó y sus nervios se contrajeron; pero la propietaria de la voz no había esperado su permiso para entrar en el gabinete.

—Soy yo—dijo.

Y demasiado inteligente para no comprender que no era recibida con los brazos abiertos, añadió:

—Veo que no me esperábais.

—En efecto, iba á salir.

—Si os molesto...—dijo.

—Nó por cierto. Lo que tengo que hacer puedo diferirlo.

Salvador no preguntó qué era lo que le proporcionaba el gusto de aquella inesperada visita.

Lo presumía.

Su memoria se había refrescado de pronto.

Justina, pues se habrá comprendido que era ella, tomó una butaca, la colocó con familiaridad al lado de la de Urbano y entró en seguida en materia.

—Vengo por nuestra cuentecita—le dijo.—
Me envía Bidoux. Yo por mi no tengo prisa.

—Pero Bidoux la tiene—dijo Salvador.

—¡Caramba! Comprenderéis que hace ya tres meses largos que cumplimos nuestro compromiso y él dice que estamos perdiendo intereses.

—Sabe calcular Bidoux—observó el Brasileño con irónico tono.

—¡Oh! perfectamente, vais á verlo.

Aquello era una amenaza.

Salvador lo comprendió y no contestó.

Esperaba poniéndose á la defensiva.

Además su situación era mala. No podía disimularla.

Era peor que lo que él podía suponer.

Pero Justina era bastante buena persona y atenuaba los golpes que se veía obligada á dar, á un hombre á quien habia concedido sus favores.

—Ha sido una desgracia que nos hayamos visto obligados á mezclar á Bidoux en el asunto—dijo Justina,—porque no es fácil de manejar; y una desgracia tambien el que se le haya metido en la cabeza la idea de casarse conmigo. No es que él me desagrade más que otro, pero con su carácter y sus exigencias no sé lo que va á ser de mí. En fin, está convenido... no hay que volverse atrás, pero es triste. ¡Bidoux es duro hoy para con vos, lo será mañana para conmigo! ¡Me lo temo!

—¿De modo que Bidoux tiene exigencias?—preguntó Salvador.

Justina fué muy clara.

—¡Sí, las tiene, ya lo creo, mi querido señor; las tiene inverosímiles, enormes, insensatas!...

—¡Ah!

—Y lo peor es que no hay medio de contenerle.

—En fin, ¿qué es lo que quiere?—dijo el Brasileño con impaciencia.

—Vais á saberlo. En cuanto á los doce mil francos de renta de que se habló en el Pasaje

de los Principes, estamos conformes, ¿no es verdad?

—¿Son doce mil?—dijo Salvador aparentando no dar importancia á su pregunta.

—Sí. No hay duda. Estoy segura. Lo recuerdo bien.

—Bueno.

—Bidoux los quiere en rentas del Estado, del tres por ciento, porque segun él dice, eso es muy seguro.

—¡Diablo! Son trecientos cincuenta mil francos.

—Un poco ménos. Pero la cifra no importa, puesto que el convenio está hecho. Además, no teneis más que tomarlas de las vuestras. No necesitáis comprar. La señora poseia una gran cantidad.

—¿No habria medio de arreglarse en menos? preguntó Salvador.

—¡Oh!—dijo Justina—conmigo hubiérais hecho lo que hubiérais querido, pero Bidoux es muy testarudo. ¿Por qué le buscásteis? No teniais necesidad mas que de mí, y no me veria obligada á casarme con él.

—Es verdad.

—¿Qué es lo que decidis?

Salvador vaciló un segundo, pero no era hombre que resistiera mucho tiempo.

—Queda convenido—dijo.

—¿Dareis las rentas?

—Sí.

—¿Puede venir Bidoux á recogerlas?

—Cuando quiera.

—Está bien.

Salvador esperaba que Justina se marchara. Dirigió una mirada al reloj.

Era un medio de indicar á su visita que la sesión habia durado demasiado tiempo.

La aguja marcaba las tres.

Pero Justina no se movió.

—¿No habeis concluido?—la preguntó el Brasileño con alguna inquietud.

—No—respondió Justina;—ahora comienzo.

A Salvador principiaba á subírsele la sangre á la cabeza.

—¿Qué más hay?—preguntó.

—Los doce mil francos de renta, ¿eran para impedir que vuestra tía hiciese testamento?—preguntó Justina.

—Sin duda—dijo Salvador.

—Para esto, la tarea no fué divertida. Aunque me dierais el triple no volvería á hacerlo. ¡Por más que me digan que no se trata más que de echar una gota de agua en un vaso! Es muy duro envenenar á una mujer. Mirad, tengo siempre á vuestra tía ante mis ojos.

—¡Silencio!—murmuró Salvador incorporándose.

—¡Bah! nadie nos escucha, y además, es necesario que hablemos claro para dilucidar perfectamente el asunto. Bidoux es quien lo quiere así.

—¡Acaba!

—Los doce mil francos eran, pues, por echar la gota de agua. Los he ganado. Era tiempo. Al día siguiente iba á hacer el testamento el señor Pescheux, y ese señor es un hombre honrado á quien no se hubiera podido comprar tan fácilmente como á nosotros.

Justina se hacia justicia.

—¿Qué más?

—Pues bien, mi querido señor, he dicho que era tiempo, y esto es un error, era demasiado tarde.

—¿Por qué?—dijo Salvador, poniéndose lívido.

—Porque el testamento estaba ya hecho. Vuestra tía lo había escrito por sí misma. El señor Peschenx lo sabía bien, por eso lo buscó tanto en los cajones.

—¡Pero no lo encontró!—observó el Brasileño.

—No... porque lo había cogido yo.

Justina al decir esto se había levantado.

A Salvador le pareció de diez codos de alta.

—Ese testamento—repuso Justina—lo tengo

yo. El os deshereda. Da casi todo á esas dos señoritas que viven ahora miserablemente en París, y que serian cuatro veces millonarias si yo quisiera. Los millones que la señora Chambly las dá, los teneis vos. Yo quiero mi parte. Me casaré con Bidoux, porque es preciso, porque dependo de él, como vos dependeis de mí, pero quiero ser rica. Tendremos cada uno nuestra fuerza. El lo sabe todo y nada puede temer, porque nada ha hecho él y podría vendernos. Yo tendré dinero y con esto le contendré.

—Está bien—dijo Salvador muy preocupado. —¿Qué exigis vos?

Justina sacó de entre el corpiño un papel y lo puso sobre la mesa.

—Enteraos ántes—le dijo.—Hablaremos cuando sepais lo que eso vale.

Y con insultante sonrisa añadió:

—Es una copia. El original está bien guardado.

Y mientras que Salvador recorría aquel terrorífico documento, añadió:

—Estoy incomodada con vos por haberme obligado á ese matrimonio que me desagrada. Necesito al menos una compensacion. Hubiera preferido tres mil libras de renta y mi libertad, á llamarme la señora Bidoux. Pero si tengo un millon, nadie se reirá de mí y podré darme buena vida.

—¡Un millon!—dijo Urbano.

—Vuestra tía tenia cinco ó seis, por lo menos. Os quedais con la mayor parte. ¿A quién se lo debeis? Bien veis que todo pertenece á las señoritas.

Y recordando la leccion que Bidoux le había dado, añadió:

—Si yo las llevara el papel, ¿cuánto me darían ellas? os pregunto. No tendria ni aun que hablar. Son generosas. Despues de esto—arguyó cínicamente—si preferís arreglaros con Bidoux, él no desea otra cosa. Os lo enviaré.

Urbano se levantó.

—Está bien—dijo—lo pensaré.

—No mucho tiempo. Bidoux se impacienta. Ha tomado sus medidas. Es hombre que no me gusta, pero tiene buena imaginación. Eso no se le puede negar.

Salvador se paseaba de un lado al otro de su gabinete, muy pensativo.

—No estais contento—prosiguió Justina—y lo comprendo. Esperábais despacharnos con ménos. El golpe os parece duro, pero poneos en nuestro lugar. Esos son negocios que no se hacen dos veces.

Justina estaba muy contenta y hablaba con mucha familiaridad. Estaba satisfecha de su misión y de la manera como la había cumplido.

El Brasileño no se resistía tanto como ella hubiera creído.

Ella esperaba gritos, violencias, arrebatos, y Salvador estaba inmóvil, sombrío, aniquilado ante ella.

Decididamente, Bidoux era hombre que lo entendía.

Había visto el partido que podía sacar de la situación, y Justina, que en efecto se hubiera alegrado de permanecer libre, no veía ya su boda con él bajo tan triste aspecto, desde que se consideraba elevada por aquel millon objeto de la codicia de tantas gentes, millon que consideraba ya definitivamente conquistado.

—¿Cuándo quereis que vuelva para arreglar cuentas?—le preguntó.

—Dentro de dos ó tres días.

—Reflexionad. Nosotros ya lo hemos hecho. Se os entregará el documento á cambio del dinero. Toma y daca.

Justina salió del gabinete.

Salvador se sentó y volvió á leer el fatal papel, que estaba extendido sobre la mesa.

¡Su tía daba, en efecto, las dos terceras partes de su capital á sus hijas adoptivas!

El las despojaba, pues, con más cinismo que había creído.

—¡Bah!—dijo al fin con cólera;—¡qué me im-

porta! Despues de todo, ¿no era mia esa fortuna?

¡Pero aquel millon!

Lo daría si no podía menos.

Justina tenía razón. Aun era un buen trato.

En aquel momento volvió los ojos hacia la puerta y quedó petrificado.

Colette, en pie, con una mano colocada en el portier, le miraba con desprecio.

—¿Estabais ahí?—la dijo levantándose asustado.

La cima del calvario

Colette no contestó y permaneció inmóvil, como herida por el rayo, á consecuencia de las revelaciones que acababa de oír.

Salvador corrió hacia ella, y cogiéndola por un brazo, la condujo violentamente al sitio ocupado momentos antes por Justina.

—¡Estabais ahí!—repitió con voz ahogada por la cólera.

—Sí.

—¿Habeis oído?

—Todo.

Los ojos de Salvador manifestaron una expresión tan terrible, que Colette le dijo con frialdad:

—¡No ireis á asesinarme á mi también!

Salvador apretó los puños y se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Si—repuso Colette, siempre con frialdad y demostrando en su tono una gran indiferencia á todo lo que pudiera ocurrirle,—he oído vuestra conversacion con esa muchacha que ha asesinado á su ama, cumpliendo vuestras órdenes, y robado un testamento que condena á la mise-

ria á dos desgraciadas que os estorbaban sin saberlo y, sobre todo, sin quererlo. No me acuséis de curiosa. ¡Dios sabe que no trataba de enterarme de tan odioso secreto! Tenia necesidad de pedirlos un favor. No sabiendo á quién dirigirme, recurría á vos. Un criado me introdujo en el salon vecino. Las alfombras ahogan el ruido de los pasos. Las puertas están abiertas. El criado me dió: «El señor va á venir. Os espera.» En efecto, os hice una promesa ayer. No es la promesa la que me trae. ¡Han pasado despues tantas cosas! El metal de vuestra voz, y sobre todo el de la de Justina, que hablaba muy alto, vinieron á distraerme de los tristes pensamientos á que estaba entregada. Nada os preservaba de esta indiscreccion involuntaria...

—¿De modo que sabeis?...

Colette repitió, fria como una estatua de mármol, la palabra que ya habia pronunciado:

—Todo.

El Brasileño la examinó admirado de su calma aparente.

El rostro de Colette no expresaba ni cólera ni indignacion.

Salvador permaneció un instante con la frente apoyada sobre una de sus manos, indeciso, preguntándose si no debia recurrir al asesinato para hacer desaparecer aquel nuevo testigo de su crimen, testigo tanto más temible, cuanto que era víctima de él.

Levantó los ojos hacia Colette, que continuaba inmóvil.

—Somos decididamente enemigos. ¿Qué vais á hacer?

Colette movió lentamente la cabeza y dijo:

—¿Yo? Nada.

Salvador hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué podría yo hacer? ¡Aunque os acusara, quién me creeria? Me conocéis mal si pensáis que yo he de ir á molestar con mis quejas á la justicia. Sin embargo, cuando se tienen secretos como los vuestros, se toman más precauciones. Pueden caer en oídos indiscretos. Yo no os

venderé, y preferiría no saber nada. Me cuesta trabajo creerlos culpable de crímenes tan odiosos, y pensar que hubiera podido, en un momento de cobardía, entregarme á vos y llegar á ser vuestra querida. ¡Me sonrojo de vergüenza! Juana y yo estamos agradecidas á vuestra tía por lo que quiso hacer. Sois su sobrino. Obraré como si nada hubiera oído... Os he hablado de un favor. Voy á deciros cual es.

Salvador la contemplaba con estupor.

Estaba de tal modo cambiada, que no la conocía ya. A su encantadora vivacidad había sucedido un profundo abatimiento, una gran languidez.

¿Qué había ocurrido?

Urbano no encontraba una palabra de réplica y no intentó defenderse, como si no se le acusara.

Colette continuó:

—Somos, como sabéis, dos pobres jóvenes criadas lejos de aquí, en Barfleur, en las inmediaciones de Cherbourg. Allí es donde vuestra tía nos recogió durante la guerra. Nuestros padres habían tenido un fin trágico. Mi padre se había ahogado. Era pescador. Se acusaba á un miserable de su muerte. Hay muchos crímenes ocultos—añadió dirigiendo á Salvador una mirada significativa. Mi madre no pudo soportar aquella catástrofe. Estamos predestinadas. La desgracia está sobre nosotras. Mi hermana Juana, un ángel de dulzura y de bondad, ha sido asesinada ayer.

Un sollozo la cortó la voz.

—¿Asesinada Juana?—exclamó Salvador.

—¡Sí, mientras yo estaba con vos!

—¿Pero por quién?

—Lo ignoro, y aun cuando lo supiera, ¿para qué delatar al culpable?

Parecía que Colette estaba ya en el otro mundo y desprendida de los intereses de éste.

—¿Asesinada?—repitió Salvador.—¿Cómo!

—Le han dado dos cuchilladas. Ya veis, jóvenes como nosotras, solas en París, pueden te-

ner un mal encuentro. Va á morir; tal vez esté muerta á estas horas, sobre el lecho del hospital, adonde la han trasportado. Os necesitamos. Al abandonar Mentiers éramos pobres y no hemos ganado nada aun. No nos queda ya dinero. Cincuenta francos lo más.

Salvador abrió el cajón de su escritorio.

Colette le detuvo.

—Dejadme concluir. Si no hemos ganado nada, es muy natural. Comprendereis que en los principios, ó no se tiene sueldo, ó este es muy corto. Esto es justo, puesto que no se sabe hacer nada, y los sueldos son proporcionados á los servicios que se prestan. Ahora bien, yo no quisiera que mi pobre Juana fuese arrojada en la fosa comun, con desconocidos, en un rincón de esos odiosos cementerios de París. De este París que nos es tan funesto, ni que su cuerpo sirviese de estudio en un anfiteatro. Solamente de pensar en eso me estremezco de horror. Vos podeis evitarnos esta última desgracia.

—¿Cómo?

—Haciéndola trasportar á Barfleur, al cementerio que domina el mar. Allí descansará bajo el florido césped que cubre á mi padre y á mi madre. Esto es todo lo que os pido para ella.

Colette estaba muy pálida. Sus grandes ojos negros, tan vivos la vispera, parecían casi moribundos.

—Para ella, sea—dijo Salvador;—¿pero para vos?...

—Para mí—repuso Colette con visible esfuerzo—no os pido nada más. Si muero... concededme la misma gracia.

—¡Vos morir, tan joven, tan fuerte y tan llena de salud!

—¿Quién sabe? Hoy ó mañana... ¡Un poco más tarde ó un poco más temprano!... ¿Qué me importa eso?... Mientras que me quede un ser á quien amar, á quien consolar, á quien sostener... desearé vivir. ¡Sola, puede ocurrir que el valor me falte, é ignoro lo que me reserva el

porvenir! Hé aqui por lo que he venido á veros. ¿Me habeis comprendido? ¿Qué decidis?

—¿Es eso todo lo que queriais decirme, Colette?

—Todo.

Salvador tendió la mano hacia ella como para atraerla hacia si.

Colette le miró sin colera, pero con frialdad.

—No puede haber nada de comun entre nosotros dos—le dijo.—Vos sois el verdadero autor de la muerte de Juana. Nos habeis juzgado mal, caballero. Necesitábamos muy poco para ser libres. ¡Si temiais perder una herencia, que no os hubiéramos disputado ¡por qué no os dirigisteis á nosotras y no á seres tan despreciables, á asesinos? Vuestra conciencia estaria tranquila y hubierais conservado la fortuna de vuestra tia. ¡Respondedme!

Colette se levantó.

Salvador obedeció maquinalmente, vencido por la dignidad con que acababa de expresarse la jóven y por el ascendiente de aquella arrogancia del honor y del desinterés, que la agobiaban.

Cogió una pluma y se dispuso á escribir.

—¿Habeis dicho Barfleur?—preguntó.

—Sí, Barfleur, en el departamento de la Mancha.

—¿En donde está vuestra hermana?

—En el Hospital Cochin, arrabal de Santiago, sala núm. 1.

—¿Bajo que nombre está inscrita?

—En el Hospital no se la conoce más que bajo el nombre de Juana Aubin.

—¿Tiene otro?

—En nuestro pueblo, la llamaban algunas veces Juana Barfleur. Fué bautizada con este nombre.

—Puede ser que Juana se salve.

—Si lo creyera, no estaria yo aquí.

—Colette—dijo Salvador levantándose;— os juro hacen lo que deseais; pero en cambio vais

á jurarme guardar secreto acerca de lo que habeis oido.

—¿No os lo he prometido ya?

—Sí, yo queria esa fortuna—repuso Salvador aproximándose mucho á ella y con acento amenazador—porque, asi lo comprendeis vos, ahora con el dinero es con lo que se domina el mundo. ¡Sin él se cae en la categoria de los esclavos y de los parias! Y yo no podria aceptar tal vida. Yo no podia sospechar todo lo que existe de noble y de bueno en vos y en vuestra hermana, y os consideraba como enemigas. Para comprar vuestro silencio os daré parte de esa fortuna. Vos fijareis la cantidad.

—Es demasiado tarde.

Urbano cogió de su pupitre un paquete de oro.

—Aceptad al ménos esto—la dijo.

Colette, lo rechazó.

—Gracias. Ya no tengo necesidad de dinero. Adios. Acordaos de vuestra promesa.

Y se dirigió hácia la puerta.

Urbano no intentó retenerla.

Comprendió que en efecto nada tenia que temer de ella.

—¿Hé aqui—pensaba,—una desesperada á quien no habrá que temer mañana!

Colette atravesó el gabinete japonés de mamparas de seda con fantásticos pájaros y caprichosos bronceos; despues bajó la gran escalera de madera de encina con elegante balaustre, atravesó el vestibulo de la suntuosa morada y se encontró en la calle.

Salvador, desde la ventana de su gabinete, la siguió con la vista mientras que subia por la avenida de los Campos Eliseos, con incierto y cansado paso.

Estaba agobiada de fatiga, bajo una profunda desesperacion y un disgusto más profundo aún.

Ni aún la admiraba el secreto que acababa de sorprender.

Desde su llegada á París habia luchado con

tantas dificultades, con tantas infamias y miserias, que ya no tenia fuerzas para irritarse ni indignarse.

Todos estos dolores la dejaban fria.

Estaba aturdida, como si un golpe la hubiera alcanzado, pero insensible.

Al prometer á Salvador guardar el secreto, lo hacia de buena fe. Renunciaba sin pena á aquella fortuna, con una parte de la cual se hubiera creído algunos dias antes muy feliz, para gozar de ella con su hermana y librarla de la esclavitud en que se encontraba.

Pero ahora, ¿para qué queria las riquezas!

—¡Juana iba á espirar! ¡Tal vez ya no existiese!

Al pensar en esto, un dolor agudo la torturaba el corazon!

¡Y muerta cómo! ¿De qué funesta muerte? ¿Qué bandido, qué fiera habia podido herir á aquella criatura tan buena, tan encantadora y tan pura?...

Demasiado lo adivinaba.

¡Habia sido Servoz, aquel hombre cuyos ojos de fuego la asustaban, y quien la perseguia desde su entrada en el Tisserand.

¡La habia asesinado en un acceso de ira provocada por los celos, ó de furor escitado por la resistencia de Juana á sus brutales deseos!

Pero ni aun resistencia para el odio la quedaba á la pobre jóven.

No sentia ni resentimiento, ni deseo de venganza.

¡No sentia más que un gran abatimiento y un inmenso desprecio á la vida y á todo!

Marchaba con paso lento, al azar, con los ojos extraviados y sin ver nada.

Temia entrar en su casa. Una mala noticia debia esperarla en ella.

Y sin embargo entró.

No queria más que entrar un momento, al pasar para ir al arrabal de Santiago y quedarse al lado de su hermana todo el tiempo que se le permitiesen.

¡Hasta recoger su último suspiro, tal vez!

Era un favor que no la negarian.

Asi lo esperaba ella al menos.

Cuando llegó al pié de la escalera de su casa, el abuelo Gombault la llamó.

—Señorita Colette—la dijo con tono paternal.

Ella le interrogó con una mirada.

—Nada aun. ¿Subis á vuestra habitacion?

Colette dijo con la cabeza que no.

—Es preciso que subais.

—¿Por qué?

—Hay dos caballeros que os esperan.

—¡Ah!

—Es la policia—dijo el buen hombre.—Acaban de llegar.

Colette bajó la cabeza.

¡Era una nueva molestia! La justicia que iba á molestarla, cuando ella estaba tan desesperada.

Subió.

Fué sometida á un interrogatorio que la retuvo dos horas en su casa, cuando era presa de las más vivas inquietudes.

La fué preciso decir como habia empleado el tiempo la noche anterior. Confesar que venia de la calle Chaillot. Que habia estado en el Pabellon de Armenonville en el momento en que herian á su hermana.

La jóven sorprendió risas irónicas, insultantes, en los labios de los agentes.

Ni aun intentó protestar y sincerarse.

¿Para qué?

Tenia prisa por encontrarse libre.

Por algunas palabras que se le escaparon al juez, comprendió que el estado de su hermana no ofrecia esperanza y que no se conocia al criminal.

Venotte cumplia su palabra.

No habia denunciado á Servoz, y le dejaba el plazo prometido.

A pesar de su tacto, el magistrado se mostró mordaz, discutiendo las causas probables del asesinato, y dejó entender, que las jóve-

nes honradas no se esponen á sufrir cuchilladas en los barrios desiertos á las diez de la noche.

¡Como si las obreras y las empleadas, obligadas á volver á sus casas, pudieran hacerse escoltar por una escuadra de municipales ó de Guardias de Corps, para atravesar los parajes peligrosos!

Colette escuchaba con indiferencia y respondia con brevedad.

Concluyó el interrogatorio officioso, en el cual los testigos están siempre sentados en el banquillo de los acusados, y la jóven quedó mas desalentada aun, mas cansada que á la salida del hotel Salvador, y cuando por fin las gentes de justicia la devolvieron su libertad, bajó y pasó de nuevo por delante de la portería.

El buen Gombault la habia preparado una ligera comida.

Por más que insistió, con el mayor cariño, Colette rehusó.

—¡No tengo gana!

Esta fué su única contestacion.

No habia tomado nada desde la comida del Pabellon Armenonville.

Y con paso pesado volvió á tomar el camino del hospital.

Allí no se entra como se quiere.

Cuando la maciza puerta se ha cerrado detrás de un huesped de esos lugares del dolor, forma una infranqueable barrera entre él y los suyos, y únicamente con ayuda de recomendaciones se la puede atravesar.

Cuando Colette llegó al hospital, á las siete de la tarde, el portero se negó á dejarla entrar.

—¿Qué quereis?—la preguntó.

—¡Ver á mi hermana!

—¿Quién es vuestra hermana?

—Juana Aubin.

—Volved el jueves.

Era la noche del martes.

—Habrá muerto, tal vez...

El llavero se acordó.

—¿La herida de la noche pasada?—dijo con ménos dureza.

—Sí.

—¿Teneis un permiso?

—No.

—Pedidlo y volved mañana.

Colette, uniendo las manos, le dijo:

—¡Dejadme entrar, os lo suplico!

El portero no tenia el corazon más duro que otro cualquier hombre; pero su cargo le acorazaba contra todo exceso de sensibilidad.

Sin embargo, el dolor de aquella hermosa jóven le conmovia é iba tal vez á ceder.

Colette se acordó de pronto de Andrés de Fresnaye, á quien habia olvidado en su turbacion, y pronunció su nombre.

Aquello fué un talisman.

Obtuvo un permiso de dos horas.

Entónces atravesó de nuevo la sala que habia recorrido ya por la mañana, por entre dos filas de enfermos.

Andrés no se habia separado de la cabecera de su amiga.

Allí estaba más abatido, más desesperado que la misma Colette.

Se levantó en silencio, cogió las manos de la jóven y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Juana no hacia un movimiento.

Cuando los labios de su hermana tocaron su abrasadora frente, los párpados permanecieron caidos sobre sus ojos, que no veian ya la luz.

Colette murmuró varias veces en sus oidos este nombre tan dulce, con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Juanal! ¡Juana mia! ¡Soy tu hermana! ¡Me oyes?

No recibió contestacion.

Se arrodilló cerca del lecho, cubriendo de besos la blanca mano que Juana tenia extendida sobre la colcha.

Y allí permaneció abismada en su dolor hasta el momento en que la enfermera vino á advertirla que era tiempo de retirarse.

Obtuvo aun por compasion una hora más de permiso.

Transcurrida ésta, dió un último beso á su hermana y se retiró sin pronunciar una queja.

Andrés no habia tenido valor para consolarla.

El mismo no esperaba ya nada.

Todos los síntomas anunciaban un fin próximo, y nadie conservaba más que esa sombra de esperanza que desaparece con el último suspiro.

En el momento en que Colette atravesaba por la puerta del Hospital, se detuvo en ella un coche de punto.

Si se hubiera vuelto, hubiera reconocido al amigo de Andrés de Fresnaye, al doctor Aubry, que se apeaba de él y entraba sin dificultad en el Hospital, del cual habia sido mucho tiempo alumno interno.

El doctor Aubry llegaba de Tours y habia ido á la calle Vizconti. El abuelo Gombault le habia contado las desgracias que ocurrían á sus dos jóvenes inquilinas, y el Tourenés iba al Hospital para ayudar, en caso de necesidad, á su amigo, cuyo amor habia adivinado el viejo jardinero, y tal vez tambien á la hermana de la infortunada victima de aquel drama.

Pero Colette, completamente entregada á su desesperacion, ni aun volvió la cabeza cuando sintió el coche.

Bajaba con pesado paso y la cabeza trastornada por la calle de Santiago.

Cuando llegó á la calle Souflot, se metió al azar en el primer ómnibus que pasó y llegó á su casa á eso de las once de la noche.

Al pasar por delante del abuelo Gombault no tuvo valor para contestar á su muda pregunta más que con lágrimas.

Le estrechó la mano y subió á su habitacion.

Allí se puso á escribir, y cuando concluyó dobló dos cartas, metiéndolas en los sobres y puso en el de la una estas señas:

«Al Sr. D. Andrés de Fresnaye, interno en el hospital Cochin.»

Y en el de la otra:

«Sr. D. Urbano Salvador, en su hotel, calle de Chaillot, Paris.»

Hé aquí lo que decía la primera:

«Mi querido Andrés:

»Permitidme que os dé este título. He comprendido desde hace mucho tiempo vuestra delicadeza y el afecto que os inspira esa cuya pérdida me desespera.

»Ella es todo lo que amo en el mundo.

»Abandonadas las dos, sin padres, sin familia, nos habiamos refugiado en una tierna y mútua adhesion. Hubiera dado mi vida por Juana sin vacilar, y estoy segura de que ella hubiera hecho otro tanto por mí.

»Ella os amaba, Andrés, y hubiera sido feliz en poseer una fortuna para dársela al elegido de su corazón.

»Esa fortuna hubiera debido tenerla. La señora Chambly, nuestra bienhechora, nos la habia dejado.

»Una casualidad me ha hecho saber hoy mismo qué crimen nos la ha arrebatado.

»No quiero acusar á nadie.

»No me agrada sobrevivir á mi muy querida hermana.

»¿Qué haría yo, por otra parte, de una vida espuesta á todos los azares y á todas las tentaciones de la miseria, cuyos peligros he podido apreciar á pesar de mi corta experiencia?

»No quiero permanecer aquí expuesta.

»He ahí por qué he decidido morir.

»Y además me es grato pensar que no habiéndome separado nunca de mi hermana, la volveré á encontrar en la tumba, y que nos reuniremos á aquellos que nos han amado en la tierra

bendita en donde duermen desde hace doce años.

»Escuchadme, y en recuerdo de esa desgraciada Juana que va á morir en vuestros brazos, cuidad del cumplimiento del último deseo de vuestras pobres vecinas.

»He ido á ver al señor Salvador, el sobrino de la señora Chambly.

»He obtenido de él una promesa: la de hacer trasportar nuestros restos á Barfleur, al lado de los de Aubin el pescador y de Magdalena Roguet, mi padre y mi madre.

»El señor Salvador vive en el hotel Salvador, calle de Chaillot.

»Os encargo de esta penosa mision, segura de que no me negareis el favor.

»Y ahora, adios, amigo mio.

»Cuando haya muerto, dad por mí un beso en la helada frente de ese ángel que no ha conocido á su madre y que fué bautizada un dia por un sacerdote anciano en la iglesia de nuestro pueblo, bajo el dulce nombre de Juana Barfleur.

»Si algun dia quieren calumniar nuestra memoria, decid con energia que hemos muerto sin que pudieran decirnos que habíamos causado ningun mal á nadie y perdonado el mal que á nosotras nos causaron.

»No me queda más que un pariente.

»Se llama Roguet, como mi madre, y vive en Landemer, cerca de Barfleur.

»Nos arrojó de su casa porque su sobrina Magdalena Roguet, mi madre, habia cometido el crimen de amar á un pescador con un amor casto y fiel, y porque este pescador, Aubin, era pobre.

»Decidle que le perdono como á los demás y que siento no verle antes de morir.

»Adios por última vez, Andrés, y gracias.

»Si el ruego de una moribunda es atendido, sereis feliz.

»COLETTE AUBIN.»

La otra carta estaba concebida en estos términos:

«Caballero:

»Os he dicho que no teniais nada que temer de mi.

»Si habeis podido temer que falte á mi promesa, tranquilizaos.

»Cuando recibais esta carta ya no existiré.

»Muero de pena por haber perdido todo lo que amaba en el mundo, y me sustraigo, cobardemente tal vez, á los disgustos y á las vicisitudes de una existencia, para la cual no me creo suficientemente fuerte.

»Sin embargo, poco hubiera necesitado para ser feliz y habíamos forjado muchas veces Juana y yo un sueño que os diré.

»El os probará hasta qué punto estábamos lejos de codiciar una herencia, que era inútil arrebatarlos por medio de un crimen.

»Nos regocijábamos al pensar en que tal vez algun dia la señora Chambly separaria de sus millones algunas rentas, aunque modestas, que nos permitieran vivir, cuando ella hubiera faltado, lenciendo su memoria, en una casita desde la cual veriamos aquel mar, que nos fué en otro tiempo tan funesto, y del cual los que le han conocido no se separan sin sentimiento.

»Este sueño era bien humilde, ya lo veis. Jamás hemos pensado en otra cosa.

»Adios, caballero; acordaos de vuestra promesa y nosotras rogaremos por vos en la otra vida. Que Dios os perdone como yo lo hago de todo corazon.

»Voy á reunirme á Juana.

»COLETTE AUBIN.»

Quando hubo acabado estas dos afflictivas cartas, la hija del pescador respiró. Abrió la ventana y contempló por última vez

el sombrío jardín en donde había pasado tan buenos ratos al lado de Juana.

Su gracioso rostro recobró su serenidad.

Había tomado su decisión.

Se dispuso con serenidad á su último sueño.

Hizo su *toilette* con refinamiento y coquetería.

Y dispuso con gran calma el lecho en donde se iba á tender para no levantarse más.

Cuando lo hubo preparado todo, puso las cartas sobre la mesa de modo que se las viera al primer golpe de vista.

Entónces se acordó de que el abuelo Gombault había sido muy bueno para con ellas y escribió dos líneas en las cuales le daba las gracias y le dejaba las alhajas que poseía para distribuirlas en partés iguales con Andrés de Fresnaye, como un recuerdo.

Después cogió del armario, en donde lo había ocultado, el frasquito de láudano olvidado por el antiguo estudiante de medicina.

Colette se acordaba de la advertencia del Turénés.

—«Con treinta gotas se duerme uno para siempre.»

Las echó en un vaso y humedeció en ellas sus labios.

Un perfume de vino de España se esparció por la habitación.

Entónces se tendió en el lecho, puso las almohadas bajo su cabeza y de un trago bebió el fatal licor.

Colocó el vaso sobre la mesa, en la cual ardía una bujía, sus brazos cayeron á los lados; su cabeza se hundió en la batista del lecho y muy pronto un extraño letargo se apoderó de ella.

La parecía que todo giraba en rededor suyo en la habitación; dedicó un último recuerdo á lo que había amado, á lo que había sufrido; vió á Juana en una ráfaga de luz, y dulcemente, por grados, sin agitaciones, descendió á un abismo sin fondo lleno de silencio y de tinieblas.

Aquel cuerpo admirable, joven y robusto, formado para el amor y para recreo de la vista, volvía á la nada.

Colette no había cerrado la ventana.

La bujía continuaba ardiendo sobre la mesa.